



EL BARCO
DE VAPOR

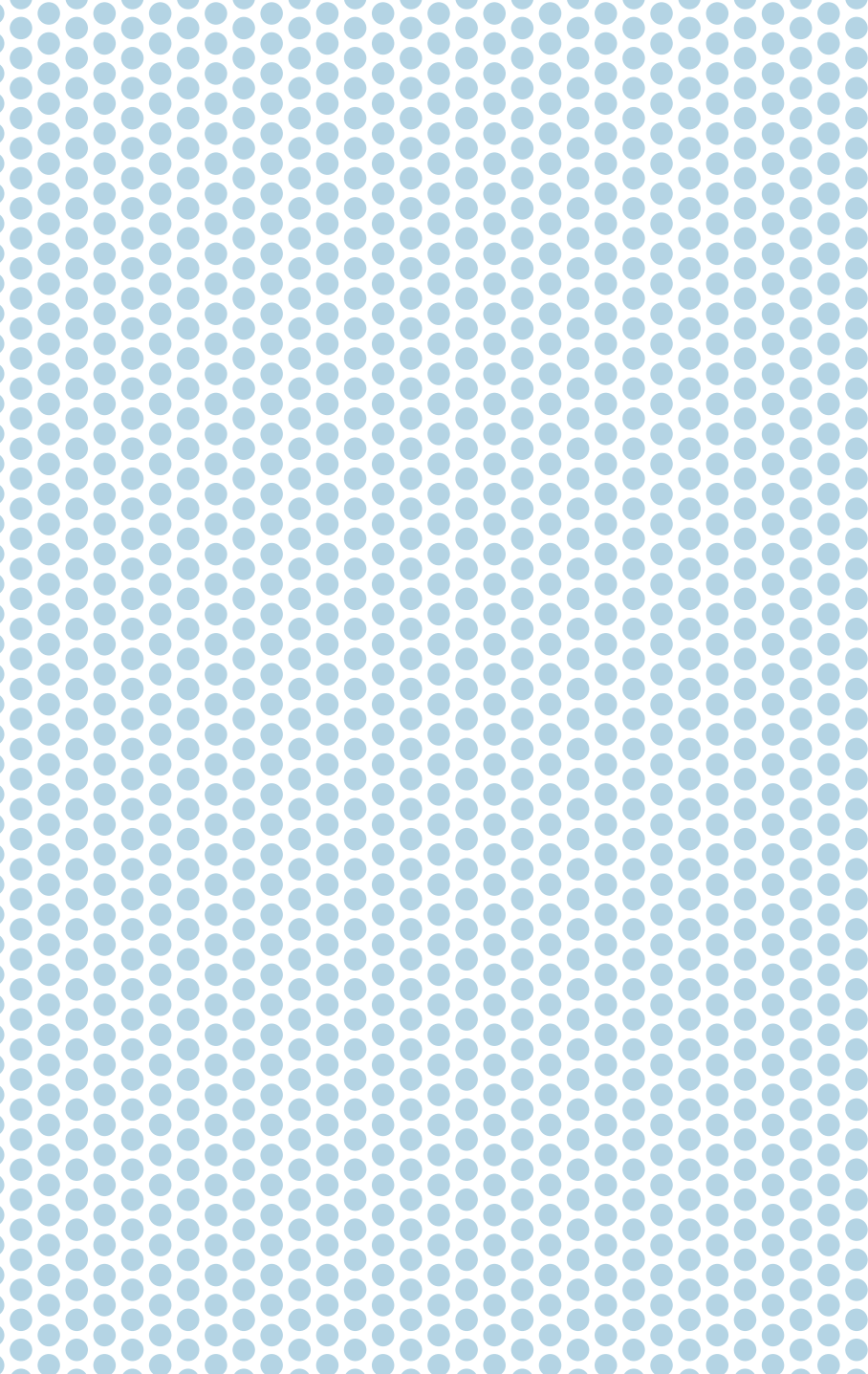
Detectives en chanclas

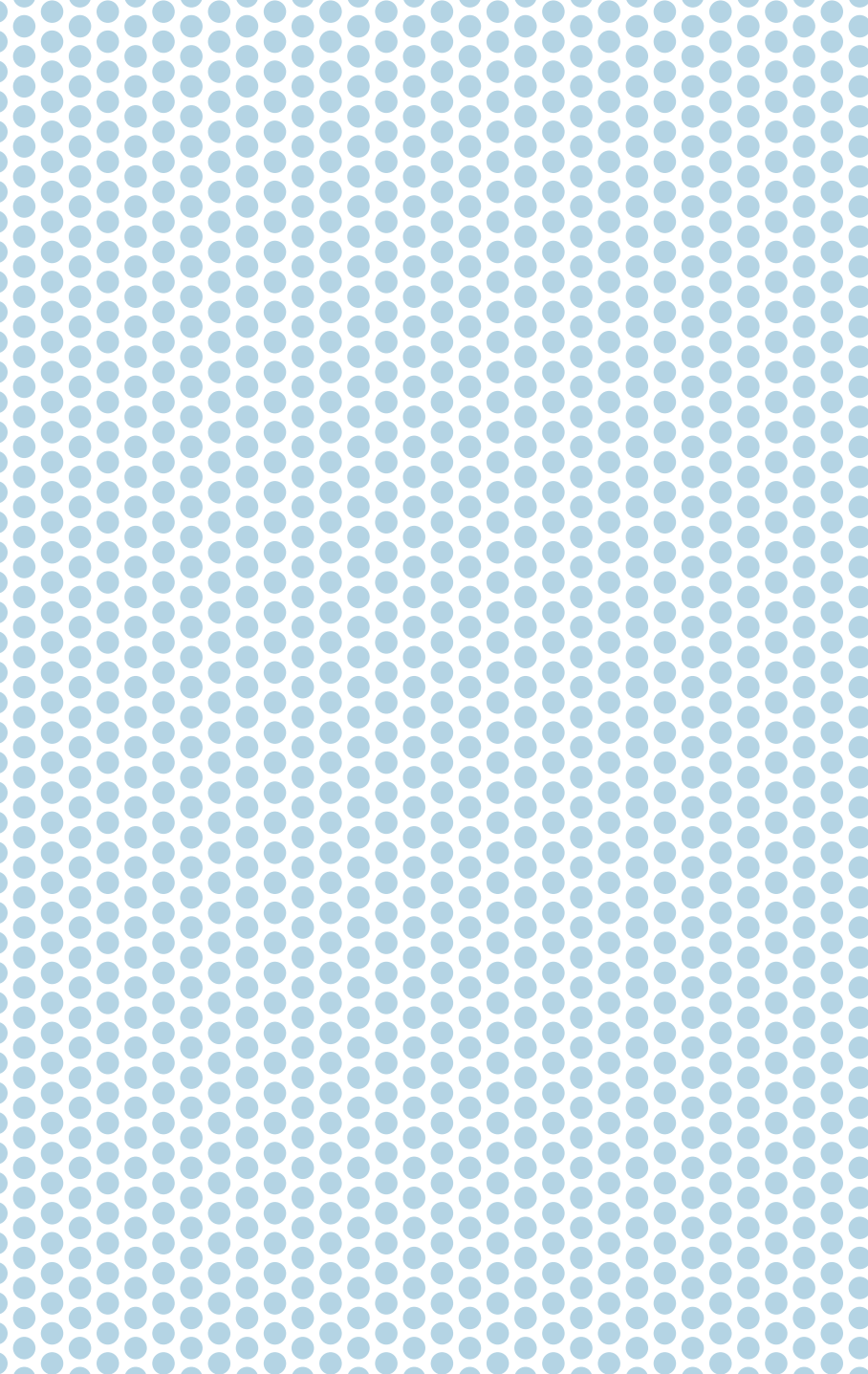
Paloma Muiña

Ilustraciones
de Clara Soriano



sm







EL BARCO
DE VAPOR

Detectives en chanclas

Paloma Muiña

Ilustraciones de Clara Soriano



Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Paloma Muiña, 2015
© de las ilustraciones: Clara Soriano, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8267-3
Depósito legal: M-22555-2015
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Ester

● 1

PIES EN LA PISCINA

–MAMÁ, ¿puedo salir al jardín?

–¿Ahora?

Cata miró a su madre, sepultada entre montañas de cajas, con los pelos revueltos, un trapo atado a la cintura y otro en la mano. Y pensó que sí, que era el momento perfecto para salir pitando.

–Hay niños jugando allí abajo, los oigo –añadió Cata poniendo su cara de pena más convincente.

–Bueno, puedes bajar un rato mientras yo termino con esto. Pero en cuanto te avise, subes volando, que hay mucho que hacer...

Cata corrió escaleras abajo, antes de que su madre cambiara de opinión. Cuando salió al portal, miro a su alrededor. Justo enfrente había un camino adoquinado de color gris que se perdía en una curva a la derecha. Por detrás del camino había un seto verde, perfectamente cortado, del que salían unos frutos rojos. Todo muy verde y muy bonito.



–Eso tengo que reconocerlo –gruñó Cata.

Se puso a seguir el camino y vio que pronto desembocaba en una escalera. Y después de la escalera, el jardín. Y en medio del jardín, la piscina, enorme y azul.

Cata pensó que si se descalzaba y metía los pies allí dentro, sería la persona más feliz del mundo.

Pero se encontró con que la piscina estaba rodeada de una valla con una puerta cerrada ¡con candado! ¿Acaso tenían miedo de que se escapara el agua?

–Eh, tú, pardilla, ¿adónde vas?



Un niño con el pelo de punta y bastante más grueso que alto la miraba con desdén. Y eso que la miraba desde abajo, porque Cata le sacaba una cabeza...

–Quería probar el agua de la piscina –contestó Cata.

Entonces, el pelo pincho se empezó a reír y un coro de risas sonó de fondo. Desde detrás de un árbol aparecieron una niña con el pelo muy negro recogido en dos trenzas apretadas y una falda larguísima, y un niño muy muy alto, al que le faltaban los dos colmillos de arriba.

–Es muy pronto. Hasta las once y media no abren la piscina –explicó la niña de trenzas colocándose las gafas sobre la nariz y enseñando unos dientes llenos de *brackets* de color verde fosforito–. ¿Eres nueva?

–¡Claro que es nueva! ¿No ves la pinta de pánfila que tiene? –volvió a hablar el pelo pincho.

Cata abrió mucho la boca, dispuesta a protestar, pero la niña que se le había quedado observando con mucha atención, como si estuviera mirando una pintura en un museo se le adelantó:

–No, la verdad es que a mí no me lo parece.

Entonces, el chico alto, que tenía un balón en la mano y lo botaba sobre el césped con bastante poco éxito, miró a Cata y murmuró:

–Ten cuidado con las duchas –y luego, dirigiéndose a los otros, añadió–: ¿Vamos a la cancha?

Y aunque habló bajísimo, como si estuviera afónico o pidiera perdón por existir, los otros le debieron de oír, porque echaron a andar los tres a la vez, dejando a Cata con la palabra en la boca.

Ella los observó mientras se alejaban y pensó que, como todos los niños de la urbanización fueran así de simpáticos, no lo iba a pasar muy bien en su nueva casa. Después se quedó mirando a su alrededor: no había nadie, y aquella piscina, con

el agua azul bailando en los bordes, la atraía más de lo que estaba dispuesta a resistir.

Sin pensárselo dos veces, corrió hasta la valla y se encaramó a ella. La malla metálica se combó un poco, pero la barra de hierro verde en la que esta se sujetaba se mantuvo firme mientras ella colocaba los pies y saltaba al otro lado. Una vez dentro, se descalzó, se sentó al borde de la piscina y sumergió las piernas hasta las rodillas. El agua estaba muy fría y notó que le hacía cosquillas por dentro de la piel. Cerró los ojos frente al sol y suspiró.

–¿Cómo has entrado? –le preguntó una voz, despertándola.

Era un joven con una camiseta blanca en la que se leía en rojo la palabra «socorrista». Tenía el ceño fruncido y sostenía en la mano el cerrojo de la puerta, ahora abierta.

–Saltando –contestó ella incorporándose.

Una niña rubia y de piel muy blanca la miraba desde detrás del socorrista con los ojos como platos. Llevaba en el hombro una toalla verde.

–Pues que sepas que está prohibido saltar la valla. ¿Y si te hubiera pasado algo? –gruñó el socorrista.

–¿Y qué me iba a pasar? –preguntó Cata, desconcertada.

–Pues que te hubieras ahogado.

–¿Metiendo los pies?

–Te habías quedado dormida. Podrías haberte caído dentro de la piscina...

–¡Pero si sé nadar! –no es que pretendiera ser grosera, es que de verdad no entendía dónde estaba el peligro.

–¡Una persona dormida no reacciona igual que una persona despierta! ¡Podrías morir!

El socorrista estaba ahora gritando, así que Cata no creyó oportuno explicarle que no lo veía probable. Simplemente, tomó sus zapatillas en la mano y se encaminó a la salida. La niña rubia seguía mirándola con ojos asombrados.

–La próxima vez, te esperas a que yo abra, ¿entendido? –gruñó el socorrista–. Y tú, Celia, que pareces un pasmarote, quítate la camiseta. Comenzamos la clase.

Celia obedeció con prontitud, se quitó la camiseta y las chanclas y se metió debajo de la ducha. Debía de estar congelada, porque la niña empezó a tiritar.

–Empezamos con cuatro largos de espalda –dijo el socorrista, y contempló desde su silla cómo

Celia se lanzaba de cabeza al agua, limpiamente, y echaba a nadar de espaldas.

Cata lo miraba todo desde una esquina del jardín, ya fuera de la valla de la piscina, y le parecía que aquel socorrista era tan antipático como los niños que se había encontrado al principio. Pero pronto se olvidó de sus negros pensamientos, porque la forma que tenía Celia de nadar era perfecta, metódica y elegante, y daba gusto contemplarla. Tanto, que Cata se quedó enganchada a ella como si estuviera viendo la tele.

—¡Cataaa! —gritó su madre desde casa. Ahora vivían en un segundo, y la terraza daba justo al jardín y la piscina. Ella caminó hasta el portal y miró hacia arriba. Catalina seguía con pelos de loca y frotaba la barandilla de la terraza con una energía totalmente desproporcionada. En cualquier momento, aquella pobre barandilla moriría aplastada.

—¿Qué?

—Sube, que ya me voy a poner con tu cuarto.

—Jo, mamá, quería bañarme... —protestó Cata.

—¡Si ni siquiera sé en qué caja tenemos los bañadores! Anda, ven a ayudarme, que cuanto antes terminemos, antes podremos bajar a la piscina.

Cata subió con desgana las escaleras y refunfuñó su desgracia. Y así se pasó el resto del día: arrastrándose de un cuarto a otro, limpiando, ordenando y, sobre todo, refunfuñando.

No le dio tiempo a bañarse.